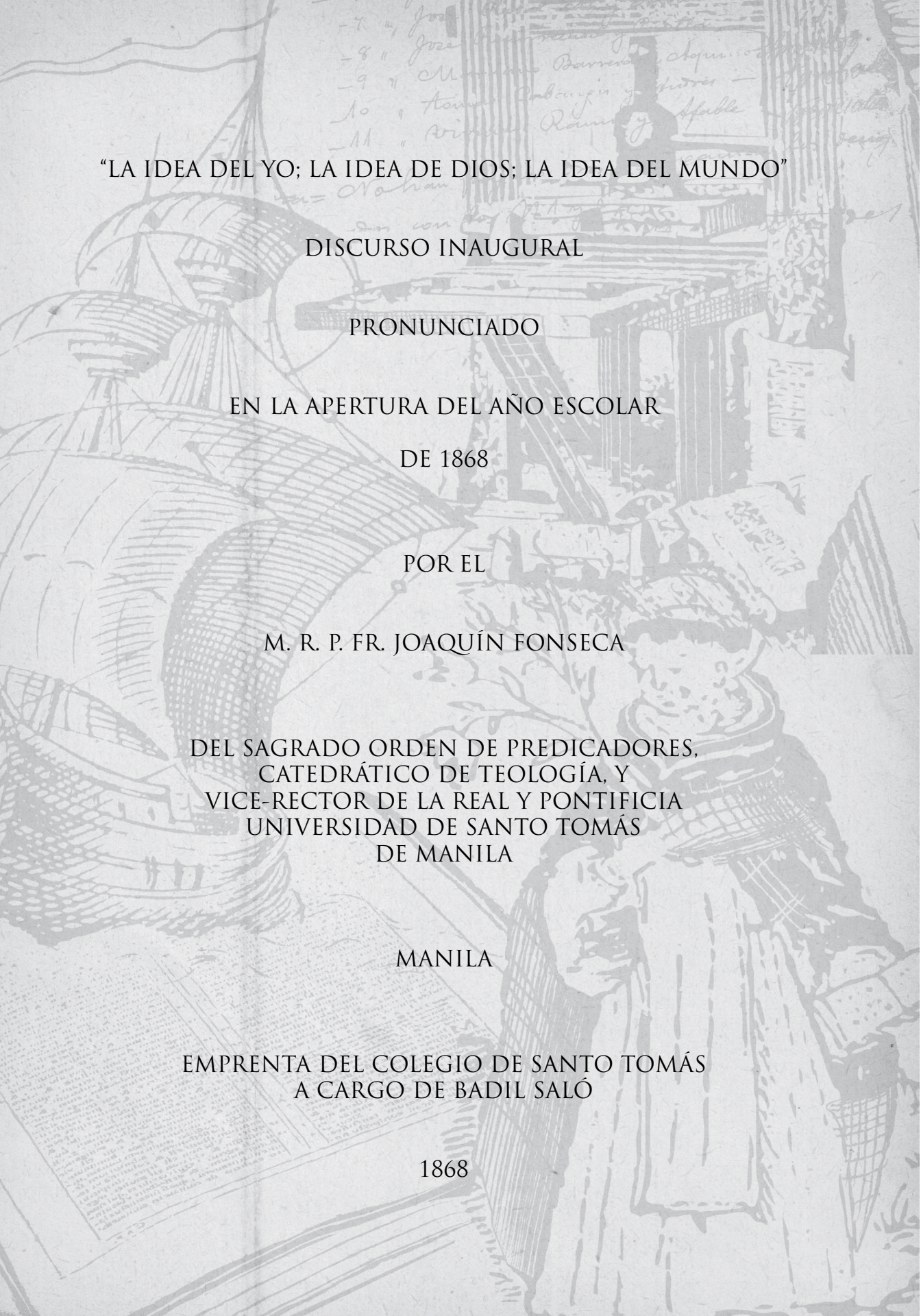




“LA IDEA DEL YO; LA IDEA DE DIOS; LA IDEA DEL MUNDO”

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EN LA APERTURA DEL AÑO ESCOLAR

DE 1868

POR EL

M. R. P. FR. JOAQUÍN FONSECA

DEL SAGRADO ORDEN DE PREDICADORES,
CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA, Y
VICE-RECTOR DE LA REAL Y PONTIFICIA
UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS
DE MANILA

MANILA

EMPRESA DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS
A CARGO DE BADIL SALÓ

1868

Señores

Faltaríamos a una de las condiciones más precisas de esta solemnidad literaria, si, al celebrar la apertura de este curso, hicieramos caso omiso de los esfuerzos con que esta Universidad y Colegios de su radio han procurado orillar todas las dificultades que han encontrado en su camino, para llevar a feliz término las tareas escolares del curso precedente. Los exámenes brillantes que han tenido lugar a nuestra vista en todos los institutos de enseñanza, nos han demostrado una vez más el estudio, la emulación y la constancia, con que profesores y discípulos se han disputado a porfía el laurel de la victoria en la arena todavía palpitante de la ciencia.

Debíamos esta expresión y este homenaje de nuestra satisfacción a la aplicación y al mérito de profesores y de alumnos. Esa hambre y sed de la verdad que veo pintada en vuestra frente y sentida en vuestra alma, son la mejor garantía de un verdadero progreso intelectual en el país: pues no en vano ciertamente pusiera Dios en nosotros esa aspiración suprema, que nos arrastra felizmente hacia la sabiduría, como el primer elemento de nuestra vida moral.

¡Dichosa necesidad, que nos revela la grandeza del hombre y sus destinos! Nacido para contemplar eternamente la belleza soberana de la primera *Verdad*, experimenta en su alma un vacío misterioso que nada puede llenar sobre la tierra, y que en vano pretendería satisfacer en este mundo. Ceñidos por todas partes de seres perecederos, cuya existencia fugaz huye de nuestra mirada con la velocidad del pensamiento, en todo vemos el sello de la caducidad y de la nada. Sólo nuestra inteligencia cierne sus alas de fuego sobre cuanto nos rodea, y la inmortalidad forma su aliento. Como el águila se eleva sobre la región de las tormentas, y apartando su mirada desdeñosa de la superficie de la tierra, la fija de hito en hito en el disco del sol resplandeciente; por tan superior manera el pensamiento del



hombre alza su vuelo atrevido a las regiones de la luz, y solo descansa su mirada en el seno de Dios mismo. Empero cuando refleja su atención sobre su propia conciencia; cuando se mira a sí mismo y vuelve sobre sus pasos, encuentra en el fondo de su espíritu ciertas ideas primitivas, que es preciso estudiar profundamente en todos sus desarrollos.

Apenas la palabra exterior ha podido fecundar mi inteligencia; apenas ha entrado en actividad mi pensamiento, y he podido dirigir una mirada al mundo que me rodea, brotan repentinamente en mi conciencia tres hechos fundamentales, que son la base de toda certeza filosófica y de todo criterio racional. La idea del Yo; la idea de Dios; la idea del mundo: ved aquí tres puntos de partida, de donde salen los rayos que iluminan todas las esferas de la ciencia. Desenvolver estos principios, explicarlos, comprenderlos y llevar sus deducciones hasta la extremidad del pensamiento, si se permite la expresión, es cuanto debe saber el hombre en este mundo; y a este fin deben encaminarse los afanes de la estudiosa juventud que me oye atenta, si desea preservarse de toda preocupación y todo error en la senda literaria que se abre hoy ante sus ojos.

He dicho que la conciencia del Yo, de Dios y el mundo, se funda en tres ideas primitivas, que son la razón fundamental de toda certidumbre filosófica y de todo criterio racional. Mas es preciso discernir esas ideas, y separar esos hechos en el fondo interior de la conciencia, como se disciernen y separan realmente por sí mismos, para no confundirlos tristemente en el *gran todo* que ha inventado el panteísmo para mal de la Religión de la ciencia. Es necesario ver en esos hechos tres existencias distintas, gozándose cada una en su manera de ser, y midiendo las distancias que las separan mutuamente. ¿Mas quién podrá penetrar en el Santuario de la Divinidad misma, ni siquiera abarcar con su mirada la inmensidad de sus obras, para poder apreciarlas en *número*, en *peso* y en *medida*? En tanto no podamos contemplar las esencias de las cosas en la primera *Verdad*; mientras seamos peregrinos en este valle de lágrimas, y no podamos ver a Dios sin velos y sin figuras, nos resignaremos a estudiarle y conocerle por sus obras, de la manera que nos sea dable en este mundo. Este es, y debe ser, el primer punto de partida de nuestros estudios racionales. Conocer al Hacedor soberano de los cielos y la tierra; rendirle culto y homenaje; amarle, servirle y adorarle es el primer deber del hombre, desde el primer movimiento de su vida intelectual; y esta la razón también, porque el estudio de la Religión y de la moral cristiana forman la primera base de nuestro programa literario.

Una vez apoderada nuestra alma de la idea de Dios y de su amor, se levanta a seguida en la conciencia la idea racional del Yo, y principia para el hombre el deber de estudiarse y comprenderse, para explotar la riqueza de todas las facultades, con que plugo a su buen Dios ennoblecerle y adornarle. La inteligencia, la imaginación, el

sentimiento, todos necesitan educarse a su manera, y cultivar los estudios que pueden contribuir a su perfección y desarrollo. El alma misma y su destino, ó bien considerada en su armonía y en su comercio con el cuerpo, debe ser objeto especial de nuestro estudio; pues nada interesa tanto al hombre como el conocimiento de sí mismo. Así lo comprendía ciertamente aquel célebre filósofo ¹(a) que colocaba toda la suma del saber y de la felicidad de los mortales en este solo principio: *nosce te ipsum*: conócete a tí mismo. Los estudios filosóficos, la Lógica, la Psicología, la Metafísica, la Ideología, la Fisiología, la Estética; todos son estudios que se ordenan por su naturaleza y por su índole a conocer nuestra existencia y nuestra constitución intelectual. Entonces sabremos, por qué manera misteriosa nuestra alma, allá encerrada en la soledad del pensamiento, puede ponerse en contacto con el mundo exterior que la rodea, y recibir sus impresiones, y fecundarse con ellas por una incubación secreta de su espíritu, y engendrar finalmente sus ideas, para reflejar en ellas la vasta creación que nos circunda. Prodigio de la naturaleza, el hombre es un ser incomprensible, que tiene los atributos de la materia y del espíritu, y es necesario estudiar la secreta lazada que los une, para poder apreciar aquella parte de acción que corresponde a cada uno sobre todos los fenómenos de la sensibilidad y de la vida.

Y no debiendo limitarse el estudio de sí mismo a conocer los elementos de nuestra naturaleza, será preciso además tener una idea exacta de las facultades que la adornan y de su filiación propia, para saber ordenarlas, dirigir las, auxiliarlas. Desde las profundidades de mi alma siento subir a mi cabeza una luz esplendorosa que se refleja en mis ojos, y baña toda mi frente. Es la luz del pensamiento; es el pensamiento mismo, ó si os place mejor, mi inteligencia, que dominando con su acción y su mirada mi organismo cerebral ve en él las representaciones materiales de los objetos externos, para elaborar su idea en la esfera intelectual. Al brotar mi inteligencia del seno profundo de mi alma, produce instantáneamente, y como por una emanación espontánea de sí misma, mi poderosa voluntad. ²(b) Empero, como quiera que la inteligencia no puede desenvolverse ni ponerse en relación con los objetos exteriores, sin servirse de los órganos destinados a transmitir las sensaciones, encuentro en mí mismo a este propósito aparatos admirables que vienen a radicar todos en el sensorio común y en el encéfalo, como en el centro orgánico de todas las funciones sensitivas. Allí es en donde campea la imaginación y el genio con sus brillantes creaciones y sus pomposos atavíos; allí se disponen y preparan todos los materiales recibidos para la elaboración del pensamiento; y de allí salen después por un trabajo inmanente de nuestra poderosa inteligencia los gérmenes numerosos que han de servir finalmente a la generación de las ideas, fenómeno puramente intelectual é independiente de los órganos corpóreos.

¹ (a) Quilon, uno de los siete sabios de la Grecia.

² (b) Voluntas ad intellectum consequitur. D. Thom. 1. part. quæst. 79.

Estudiados los elementos que conducen a la formación del pensamiento, es necesario ordenar, clasificar y distinguir las formas intelectuales, para que sean a su vez la expresión clara y distinta de los objetos conocidos. Es necesario saber dar a las ideas todos los matices que se observan en la realidad objetiva de las cosas; y sobre todo, saber señalar al pensamiento el verdadero camino que conduce a la verdad, a través de las preocupaciones y sofismas con que ha solido embrollarla el genio de la mentira y del error.

El estudio de nuestras facultades y de sus funciones respectivas conducen naturalmente a demostrarnos la inmortalidad del alma, y nos hacen entrever nuestros futuros destinos. ¡Qué nuevos, y qué vastos horizontes se descubren para el hombre desde este punto de vista! ¡Qué estudios tan graves, qué meditaciones tan profundas no nos sugieren desde luego la espiritualidad de nuestras almas, y la eternidad de sus destinos! La Religión y la moral; los principios eternos é inmutables del orden, de la razón y la conciencia; cuánto hay de grande y de augusto en nuestra naturaleza, Poco inferior a los ángeles en expresión del Rey Profeta, ³(c) todo descansa en el dogma de esa inmortalidad misma, preñada para nosotros de terrores y esperanzas. ¡Qué freno tan poderoso, qué resorte tan profundo para contener a los mortales en el círculo moral de sus deberes!

Esta grave consideración nos hace recordar en este instante que el hombre no ha sido llamado por Dios a la existencia para vivir aislado en este mundo. Sus estudios no deben, pues, concretarse al conocimiento filosófico de su ser individual; sí que deben también abarcar las relaciones del hombre constituido en sociedad, y las necesidades que le crea esta condición de su existencia. Aquí vuelve a abrirse de nuevo a los ojos de la ciencia un horizonte sin fin y sin contornos. La ciencia, moral, y la política; los principios inmutables del orden social; la Historia; la Legislación; la Diplomacia; cuanto se ordena a dirigir las relaciones del hombre con el hombre, ora se le considere como pueblo, como nación, como individuo, todo tiene su principio y su razón de existencia en el profundo conocimiento del hombre social, cuyo estudio conveniente nos preservará sin duda de las peligrosas teorías que el espíritu revolucionario, y un malhadado y peor comprendido socialismo han arrojado en nuestro siglo sobre los caminos de la ciencia.

Mas precisados nosotros a comunicarnos y entendernos por medio de la palabra, que es como la encarnación del pensamiento, tampoco debemos descuidar el estudio de las lenguas tan necesario para mantener las relaciones sociales, mercantiles y políticas entre los hombres y los pueblos. No basta, sin embargo, que sepamos expresar nuestras ideas y dar una forma sensible al pensamiento, para estar en comunión de vida con el resto de la humanidad sobre la tierra. Es necesario

³ (c) *Psal.* 8

que sepamos además animar nuestra palabra y dar vida a expresión, poniendo en juego los resortes del corazón y el sentimiento, para poder persuadir é inspirar a los demás nuestras ideas. ¡Qué bella y encantadora se nos presenta esta fase de nuestros estudios literarios! ¡Con qué placer recorrería con vosotros los grandes monumentos de la Grecia: su historia, su poesía, sus artes, las gracias, en fin, y la belleza que Dios ha derramado a manos llenas sobre aquel suelo dichoso! Y si de los verdes campos de la Arcadia; si de la sabia Atenas y la opulenta Corinto nos trasladamos un instante a la populosa Roma, admiraremos su grandeza y poderío; contemplaremos con espanto su circo, su capitolio y sus obras gigantescas; en tanto que Cicerón y que Virgilio, a parte los sentimientos de su corazón pagano, se nos manifestarán eternamente como los tipos más bellos de la poesía y la elocuencia. Educado el sentimiento y la palabra con el estudio de los grandes modelos literarios, sólo necesitaríais del númen, de la inspiración, del genio para ser grandes oradores y poetas.

Mucho mas podría saber el hombre de sí mismo, si quisiese estudiar la humanidad bajo todas las fases de su historia. Empero, si salimos finalmente de la conciencia del Yo, nos hallamos de repente en frente del mundo exterior que nos rodea, y cuyo conocimiento es el tercer punto de partida que hemos prefijado de antemano a nuestros estudios literarios. La sólo contemplación de ese *cosmos* admirable, de esa máquina pomposa que Dios ha fabricado por su mano en las profundidades del vacío, infunde a primera vista el deseo irresistible de estudiarlo y conocerlo; siquiera por ser el hombre el rey de esa creación tan galana, tan brillante, tan inmensa. Todo lo ha sujetado Dios a su reinado: todo rinde vasallaje a su imperio y señorío. ⁴(d) Desde el astro más remoto que gira rápidamente en los confines del espacio, hasta el átomo invisible que murmura las alabanzas del Altísimo sobre los bordes de la nada, todo reconoce al hombre por Señor y soberano de la creación corpórea; y él es efectivamente, después de su Criador, la razón más elevada de su magnífica existencia. Justo será, pues, que el hombre reconozca su morada, y sepa hasta donde alcanza toda la extensión de sus dominios.

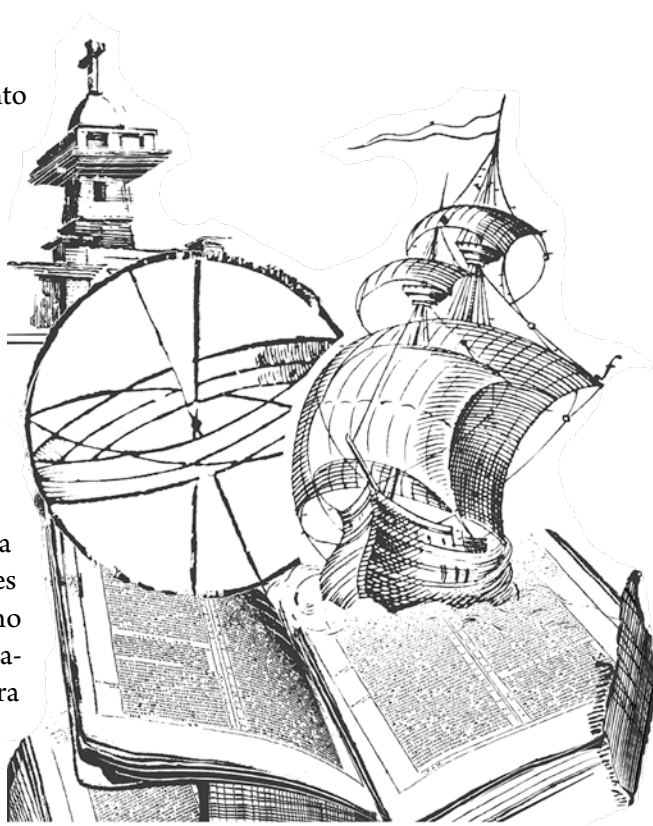
Si en medio de las profundidades de la tierra, dice Aristóteles en boca de Cicerón ⁵(e); si en medio de las profundidades de la tierra morasen seres vivientes ceñidos por todas partes de lóbreguez y de tinieblas; si tales seres hubiesen oído hablar alguna vez, siquiera de un modo vago, de la existencia de Dios, ⁶(f) y, entreabriéndose la tierra a sus ojos espantados, pudiesen ver de repente la superficie del globo, la inmensidad de la mar, la bóveda resplandeciente de los cielos, la extensión vaporosa de las nubes, y la fuerza poderosa de los vientos; si pudieran contemplar por un momento la grandeza, la hermosura y la claridad del sol bañando con su luz al universo; y vieran después

⁴ (d) Constituisti eum super opera manuum tuarum. *Psal.* 8.

⁵ (e) *De natura De Drum.*

⁶ (f) Es traducción libre. Aristóteles y Cicerón dijeron *Dioses*, por acomodarse al paganismo.

tenderse sobre el mundo el negro manto de la noche; y apareciesen a su vista los astros resplandecientes que tachonan el firmamento de los cielos, y las variaciones admirables de la luna, el nacer y el morir de las estrellas, con todas las evoluciones y armonías de esos orbes centellantes que giran por el espacio con la velocidad del pensamiento; si se descubriese finalmente a su mirada tan inmenso panorama, y las leyes admirables que presiden a los seres desde la primitiva constitución de su existencia, entonces sí, que exclamarían: « ahora ya no dudamos afirmar, que existe en realidad algún Dios omnipotente, y obra suya son tan grandes cosas. » La Teodicea nos demuestra con efecto la necesidad de esa existencia soberana que preside sabiamente al orden y a la armonía general del



universo, y de la que son una participación muy imperfecta todos los seres existentes. Su omnipotencia, su sabiduría, su bondad, su providencia con todos sus atributos y divinas perfecciones, según que pueden demostrarse por la razón filosófica, todos resplandecen vívamente en la armonía soberana que preside de lo alto al orden físico y moral del mundo. Por eso la idea de Dios, del Yo y del mundo, si bien son hechos distintos que se disciernen realmente por sí mismos, se relacionan, sin embargo, se enlazan y coexisten de tal modo, que el desarrollo de una conduce naturalmente al desenvolvimiento intelectual de las demás.

Mas en vano pretendieran los hombres conocer las leyes y la naturaleza de ese mundo que por títulos de herencia y de antigua posesión les pertenece, sin estudiar previamente la cantidad y la extensión, como las dos grandes propiedades de la materia y de los cuerpos. Las ciencias exactas que tanta importancia tienen para enseñarnos a pensar y discurrir con precisión, nos darán la medida del tiempo, de la extensión y del espacio, sujetando a la vez a nuestro cálculo la dirección y el movimiento de los cuerpos. Empero no bastando á nuestro objeto esos estudios abstractos sin aplicarlos realmente a la materia, la Física nos conducirá directamente al estudio y conocimiento de los cuerpos, y nos revelará sus propiedades; en tanto que la química nos enseñará a analizarlas, compararlas, estudiar su acción recíproca,

y descomponerlos finalmente en sus elementos primitivos, para darnos la medida de su constitución íntima, y le la poderosa cohesión de sus partes similares. Un gabinete dispuesto a claros en todo tiempo los experimentos necesarios para comprender mejor ciertos fenómenos, acabará de completar vuestros estudios esta sección amena de nuestro programa literario. ¿Y quién no verá con admiración y con asombro los prodigios que la ciencia ha obrado sobre la tierra, desde que el hombre ha podido sujetar a leyes fijas las poderosas energías que vienen trabajando el mundo físico? La tierra, el aire y el mar, y aun el fuego elemental que derrama su calórico sobre cuánto nos rodea, han abierto sus tesoros al genio poderoso de la ciencia, y el secreto de sus fuerzas ya no es un misterio para el hombre, desde que ha llegado a sujetar a su albedrío el vapor, la electricidad y el magnetismo.

Y si el estudio de las fuerzas que obran en el gran laboratorio de la naturaleza es tan importante por sí mismo, y por los inmensos resultados que produce en beneficio de las artes, de la civilización y del comercio ¿será por ventura menos útil el conocimiento de la historia que nos manifiesta el curso de esa misma naturaleza en las diferentes formaciones que se desarrollan en su seno, y que nos dan la medida de los infinitos seres que la animan? La historia natural, Señores, esa historia variada y admirable de los diferentes desarrollos que forman el imperio de la naturaleza en sus tres reinos, no es tan sólo un estudio recreativo y deleitable, como pudiera creer el que no alcanza su importancia; es útil además, y aun necesario a la industria, a la agricultura y a las artes. La sabia naturaleza es, ha sido y será siempre la verdadera maestra de los hombres en todos los ramos que ha podido cultivar su inteligencia. Qué vienen a ser las artes, sino débiles imitaciones de la naturaleza y de sus leyes? Qué otra cosa son las ciencias, sino la ecuación del pensamiento con esa naturaleza y esas leyes, elevadas a principios generales por la inducción y el raciocinio?

Empero, sin entrar en consideraciones tan profundas, y limitándonos a hablar de estas regiones; vírgenes aun en el cultivo y desarrollo de esta ciencia ¿hemos comprendido por ventura todas las ventajas que su estudio pudiera reportar a estas Provincias, bajo la triple consideración de su comercio, de su agricultura y de su industria? Sus minas, sus vegetales, sus terrenos, mas ó menos espontáneos, mas ó menos especiales para ciertas producciones; pero siempre vigorosos y fecundos ¿no ofrecen a nuestro estudio un objeto interesante, que pudiera contribuir en gran manera al fomento y desarrollo de la riqueza en el país? El conocimiento especial de las maderas que madre naturaleza produce con abundancia en estos climas, y su acertado destino a la construcción en éstas islas, es también un ramo de enseñanza que no debemos descuidar en un país tan castigado en todo tiempo por los temblores de tierra, por los incendios y huracanes, y por las avenidas de los ríos.

Y si de la utilidad que puede reportar a la arquitectura el conocimiento de la historia natural en esta especialidad de sus estudios, procedemos a indicar su conexión

particular con otras ciencias, hallamos desde luego interesadas en su estudio á la Medicina y la Farmacia. Recorred, si es que os place, esas hermosas campiñas, esos collados frondosos, esas florestas umbrías y esos valles solitarios. Examinad una por una sus yerbas desconocidas, y sus flores ignoradas. Estudiad bien su estructura, analizad sus virtudes, y acaso llegará el en que este país dichoso desarrolle a vuestra vista todas las galas de su suelo, y toda la riqueza de su flora. Virgen aun, puede decirse, en este ramo importante de la ciencia, ⁷(g) está llamado a enriquecer la Farmacopea general con los inmensos tesoros que en sí encierra. Otros conocimientos importantes podría suministrarnos ciertamente la historia natural de este país tan favorecido por Dios en este punto; pero un museo regularmente provisto de vegetales, de insectos y de reptiles, testáceos, aves, cuadrúpedos, fósiles y minerales bastará á redondear vuestros estudios en esta parte del programa. ⁸(h)

Mas no basta conocer ese mundo exterior que nos corona y nos ciñe en derredor; ni su pompa, ni sus galas, ni los seres que le animan, ni las leyes que le rigen y embellecen. Condenado el hombre desde el origen de las cosas a comer su pan sobre la tierra con el sudor de su rostro, necesita estudiar la mansión de su dolor y los medios de hacer más soportable su triste destierro en esta vida, sin olvidarse por eso que su verdadera felicidad no es de este mundo. Los estudios generales que hemos trazado a grandes rasgos no podrían satisfacer todas las necesidades de la vida, si no hubiese además una enseñanza de aplicación especial a las artes industriales, a la agricultura y al comercio, como elementos fecundos de riqueza que es permitido gozar a los hombres y a los pueblos. Además de la Geografía general y la especial de las plantas, se comprende la necesidad de conocer la de los mercados y productos para poder abarcar de una mirada el resultado de complicadas operaciones mercantiles, y establecer sobre anchas bases poderosas transacciones. El uso del logaritmo, la estadística del mundo industrial y comercial, la economía política sobre bases religiosas y morales, la legislación mercantil y tratados de comercio con las naciones extranjeras; la teneduría de libros, y cuanto puede conducir a simplificar el cálculo y la contabilidad, todo debe ser objeto especial de un estudio laborioso para el joven, que por sus circunstancias personales se siente llamado un día a la carera del comercio. En un país donde asoman gérmenes tan poderosos de una agricultura floreciente, cuyo fomento sólo espera multiplicación de fuerzas y de población en todas partes,

⁷ (g) La Flora del P. Blanco con algunas adiciones del P. Llanos, ambos religiosos Agustinos, es todo lo que tenemos y sabemos del país en este ramo de su estudio. Mucho es, sin embargo, y mucho debe la ciencia, particularmente al P. Blanco, por el sólo hecho de haber sido el primero que se ha dedicado seriamente a cultivar este ramo de la historia natural en el país, aun prescindiendo del mérito apreciable de su obra. Trazado el plan de un edificio, y sentados sus cimientos, no faltarán obreros con el tiempo que irán allegando materiales para llevar a feliz término la obra comenzada.

⁸ (h) Hanse recibido de París últimamente un esqueleto humano y un hombre elástico, cuyo mecanismo permite registrar, interiormente su constitución orgánica, y puede ofrecer un estudio interesante a la anatomía y a la clínica.

las artes industriales y el comercio no pueden menos de experimentar también un desarrollo progresivo, rico de porvenir y de ventura.

Mas he hablado de la agricultura y de las artes. Poco podríamos adelantar en este estudio; poco podríamos hacer en beneficio de tan importantes ramos de riqueza, si no estudiáramos el modo de economizar las fuerzas de la vida por medio de procedimientos y de aparatos mecánicos, tan necesarios por otra parte para suplir el amor desconocido del trabajo en un país caloroso, donde todo brinda a la quietud, y a los goces tranquilos de la vida. Se comprenderá mejor la necesidad de fuerzas artificiales y mecánicas, habida consideración a la dificultad de organizar en el país un sistema de colonización bien entendida, para dar a la agricultura mayor número de brazos, cuya escasez es tan sensible en ciertos puntos.

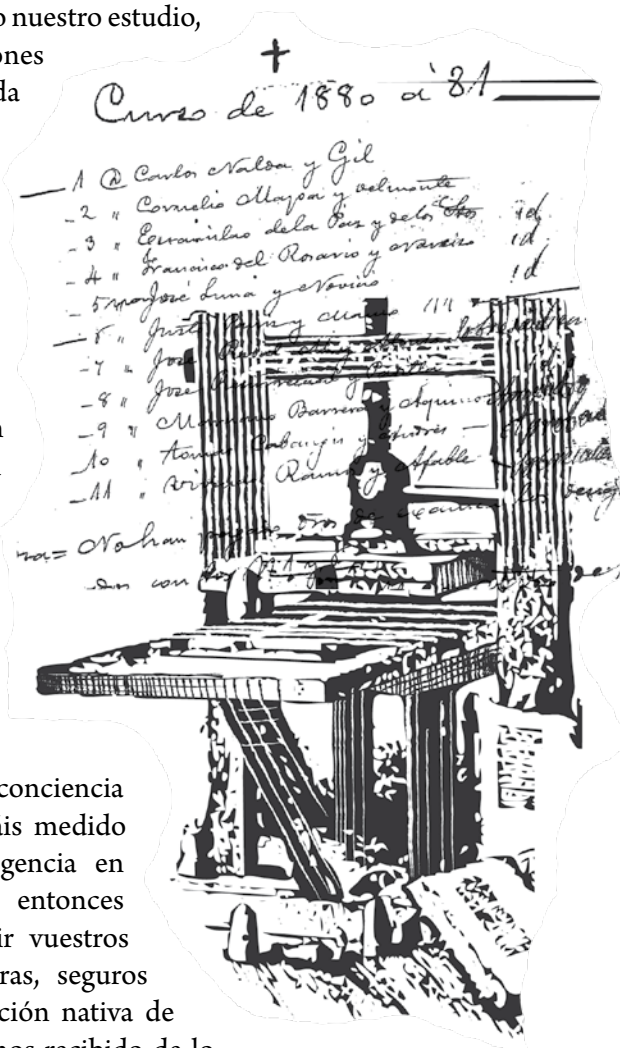
Imperfectos, sin embargo, serían aun nuestros estudios relativos a la agricultura y a las artes, si no supiésemos dar al aprendizaje del dibujo toda la importancia que en si tiene, bajo cualquiera de sus formas conocidas. El dibujo lineal y topográfico, como el de adorno y de figura, es tan vario en su aplicación, a la agricultura y a las artes, como necesario además a otras carreras. Para abrir, como es preciso, vías de comunicación entre los pueblos; para estudiar la dirección de sus ríos y canales, y trazar planos exactos sobre terrenos especiales, según las necesidades imperiosas de la agricultura y de la industria; para alindar las propiedades, circunscribir su extensión, precisar bien la medida de sus planos y cuadrar su superficie; para pintar ó esculpir los diferentes objetos de la naturaleza y de las artes; para trasladarlos a la piedra, como se trasladan a los lienzos; para grabarlos, fundirlos y modelarlos a su tipo; para reducirlos finalmente a formas plásticas, sin faltar a las prescripciones del buen gusto y a los principios del arte; para todo esto, y aun más, es necesario el estudio del dibujo bajo alguna de sus formas especiales.

Aquí termina, Señores, bosquejo de nuestro programa literario. Como una síntesis bella del plan que acabo de desenvolver a vuestra vista, imaginaos un árbol de proporciones inmensas, que plantado junto a la corriente de las aguas, extiende por todas partes sus frondosas ramas, cubiertas eternamente de verdor y lozanía. Imagen propia del árbol ramoso de las ciencias, que teniendo sus raíces en la idea misma de Dios y en la verdadera noción de su existencia, recibe de la primera *Verdad* toda su fuerza, su fecundidad, su savia y la eterna belleza de sus formas. Vedle nacer en el seno de la Divinidad misma. Observadle después en la conciencia del hombre, y le veréis desenvolverse, a la par que el pensamiento, que la voluntad, que las potencias, y todas las facultades que forman el cortejo inseparable de nuestra naturaleza racional. Y si queremos aun estudiarle y medir sus proporciones en todos sus desarrollos, le veremos extenderse sobre el mundo, inmenso como la mar, fecundo como la tierra y hermoso como los astros; que coronan en el cielo su copa resplandeciente. Así vuelve la verdad a su principio, y por una inmensa evolución del pensamiento, la ciencia

que recibimos de lo alto, como la aurora de un sol aun invisible, vuelve a unirnos finalmente con nuestro Dios amoroso, en quien tiene la verdad su pleno día.

No daré fin, sin embargo, a mi discurso, sin prevenir una objeción que podrá ocurrir a muchos. La imaginación se espanta y el corazón más esforzado desfallece, al contemplar las inmensas y dilatadas esferas de la ciencia, y esa multitud innumerable de materias que constituyen el cuadro de nuestros estudios literarios, abrumando con su peso la joven inteligencia del alumno. Mas es preciso comprender nuestro programa. Esa variedad y muchedumbre de matrículas que parecen imposibilitar a los alumnos para estudiar con profundidad ninguna ciencia, no tiene aun por objeto formar especialidades en ningún ramo literario, y tan sólo viene a ser como un tanteo de las facultades del alumno, y a manera de un barómetro para graduar su inteligencia. Variando de objeto nuestro estudio, es como se llega a descubrir las disposiciones especiales y la inclinación pronunciada de los jóvenes para este u otro ramo de las ciencias. Una vez manifestada su vocación especial a una carrera, podrán concretar a ella su aplicación y sus estudios, en los que habrán por necesidad de distinguirse, por ser la facultad ó profesión que más les place, y para la que han probado una aptitud más decidida. Es una ley del espíritu, que en proporción a que se elevan y se desarrollan sus ideas, estas se van agrupando a sus principios y a sus centros respectivos, abarcando horizontes más extensos en menor número de formas y de conceptos luminosos.

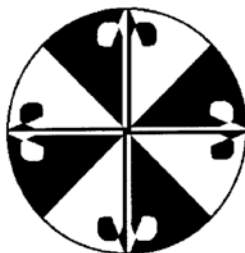
Cuando hayáis ensayado vuestras fuerzas en los diferentes caminos de la ciencia; cuando hayáis adquirido la conciencia de vuestras facultades especiales, y hayáis medido el alcance de vuestra respectiva inteligencia en cada ramo especial de la enseñanza, entonces comprenderéis la conveniencia de ceñir vuestros estudios a determinadas artes ó carreras, seguros de poder utilizar completamente la porción nativa de capacidad y de talento, que todos habernos recibido de lo



alto para alguna profesión ó alguna ciencia. En vano pretenderíais aspirar a, otros estudios superiores, sin haber probado antes vuestra especialidad intelectual pana el efecto. No podríais ser buenos teólogos ni sabios jurisconsultos, si habéis nacido tan sólo para comprender la agronomía ó las artes industriales. Considerado, pues, nuestro programa como una piedra de toque para descubrir el lado fuerte de cada capacidad individual, tiene su razón de ser que lo justifica sabiamente. Así sabrá el padre de familias que no debe encadenar la inteligencia de sus hijos a una carrera ó profesión que les rechaza; mientras que dada otra dirección al pensamiento podrían conquistarse un nombre más importante a sí mismos, a la humanidad y al mundo. Si el gran filósofo del siglo ⁹(i) tuvo bastante poder de imaginación y fantasía para hacer levantarse de la tumba una asamblea de sabios, que, después de monólogos profundos y de inspiraciones luminosas, acabaron por no poder entenderse mutuamente yo podría evocar de los sepulcros una muchedumbre inmensa de ignorantes, que, por haber errado su vocación y su destino en este mundo, jamás conocieron el secreto de su propia inteligencia, y partieron de esta vida ignorados de la humanidad y de sí mismos.

Dirijamos, Señores, finalmente una mirada humildosa al Dios de la verdad y de las ciencias, para que ilumine nuestros pasos en las tinieblas de la vida y nos envíe de lo alto la sabiduría de los santos, sin la que sería vana toda ciencia y todo progreso racional en este mundo. A ella aspiran sin cesar nuestro corazón y nuestras almas, tal vez sin conocerlo, sin pensarlo. Pues si la verdad es para los hombres una profunda necesidad de su existencia, es a condición de bañar eternamente su pensamiento sublime en la luz esplendorosa de la primera *Verdad*, único bien soberano, que podrá satisfacer en la otra vida todas las necesidades de su espíritu, y todas las aspiraciones de su ser.

He dicho.



⁹ (i) Balmes.— En su, *Criterio*.